

»Todavía no puedo dar á V. M. detalles precisos sobre este encuentro que demuestra una vez más desde nuestra entrada en campaña todo cuanto V. M. puede esperar de sus valerosos soldados... Todos han cumplido dignamente con su deber; pero desde luego haré mención del general de la Motterouge que ha demostrado un arrojo irresistible; del general Auger que, con arreglo á nuestra legislación militar, se ha hecho merecedor de que se le cite en la orden general del ejército; del coronel de Laveancoupet que, luchando cuerpo á cuerpo con los tiradores austriacos, ha recibido un bayonetazo en la cabeza, y del coronel Laure, de tiradores argelinos, por el impulso inteligente con que ha llevado sus batallones al enemigo.»

Después del combate, el general Lebrún presenció en la calle que cruza el pueblo de Robchetto una escena conmovedora. Vió al padre Bragier, capellán del segundo cuerpo, arrodillado y dando los cuidados espirituales á unos heridos; entre los cuales había soldados del 45 de línea, cazadores austriacos y turcos, todos los cuales alargaban las manos hacia él y le besaban las suyas. El compasivo sacerdote prodigaba á cada uno sus consuelos, sin cuidarse de las diferencias de religión y de nacionalidad.

El combate de Robchetto, que tomó más adelante el nombre de la localidad vecina y se llamó de Turbigio, había dado gran fama al general de la Motterouge y á los dos regimientos de su división, los tiradores argelinos y el 45 de línea que tomaron parte en él. Inauguraba de un modo glorioso las operaciones que debían dar renombre al segundo cuerpo de ejército durante la campaña.

## XLVII

## LA BATALLA DE MAGENTA

El emperador Napoleón III había fijado la fecha del 4 de junio para tomar posesión definitiva de la orilla izquierda del Tessino. El segundo cuerpo (el del general Mac-Mahón), reforzado con la división de cazadores de la guardia y seguido de todo el ejército del rey de Cerdeña, debía marchar de Turbigio hacia Buffalora y Magenta, en tanto que la división de granaderos de la guardia se apoderaba de la cabeza de puente de San Martino en la orilla izquierda y que el tercer cuerpo (el del mariscal Canrobert) avanzaría por la derecha para cruzar el Tessino por el mismo punto. El cuarto cuerpo, mandado por el general Niel, debía también encaminarse hacia el Tessino. El primer cuerpo (el del mariscal Baraguey d' Hilliers) quedaba de reserva.

En la mañana del 4 de junio el ejército francés no preveía que aquel día había de trabar una gran batalla. El emperador, que estaba en Novara, almorzó á la hora de costumbre. Después de almorzar marchó á San Martino, donde estaban los granaderos y los zuavos de su guardia que acababan de romper el fuego.

A las diez de la mañana, el segundo cuerpo, mandado por el general Mac-Mahón y compuesto de las divisiones de los generales la Motterouge y Espinasse, á las cuales iba agregada la división de los cazadores de la guardia á las órdenes del general Camón, salió de Turbigio para marchar sobre Magenta. Las divisiones la Motterouge y Espinasse tomaron caminos diferentes. La primera topó en Casate con muchos destacamentos austriacos y los rechazó. El emperador oyó el fuego de fusilería desde el puente de San Martino y al punto ordenó á su guardia que atacara las orillas del canal grande, el *Naviglio Grande*.

La división de la guardia, que iba á hacer prodigios de valor, se componía de tres regimientos de granaderos y del de zuavos. Mandada por el general Mellinet, que tenía á sus órdenes dos generales de brigada, Wimpffen y Cler, sólo constaba de cinco mil hombres, que por espacio de muchas horas iban á aguantar el empuje de unos cuarenta mil austriacos.

Echemos ahora una ojeada sobre el teatro de aquella resistencia heroica.

El ejército que desde el Piamonte pasa á Lombardía tropieza con dos formidables obstáculos, el Tessino y el Naviglio Grande.

El Tessino es un río ancho, de caudal rápido y copioso como el de un torrente y en cuyo cauce hay á trechos islas pobladas de árboles.

El *Naviglio Grande* es un canal muy profundo, de unos diez y seis metros de anchura, que situado á dos ó tres kilómetros del Tessino, tiene sus orillas cubiertas de acacias. Unos altos taludes le protegen.

En la orilla derecha del Tessino está la aldea de San Martino, que sólo tiene unas cuantas casas. Allí está el puente que se ha de atravesar para ir á Buffalora.

Buffalora es un pueblo de 1.600 habitantes, situado junto al Naviglio Grande, á 27 kilómetros de Milán. Un puente une las dos partes del pueblo. A la derecha hay dos aldeas, ó por mejor decir, dos caseríos, designado el uno con el nombre de Ponte Nuovo di Magenta, y el otro con el de Ponte Vecchio di Magenta, con dos puentes sobre el Naviglio Grande. Estos tres puentes, la estación del ferrocarril, las casas y las colinas están ocupados por los austriacos, que tienen más de cien mil hombres para defender tan formidables posiciones. Su general en jefe, el general Giulay, confiaba en cortar el ejército francés desde el puente de San Martino, aislando así las tropas que habían pasado el Tessino, y obligar al segundo cuerpo y al ejército del rey á replegarse precipitadamente sobre Turbigo, para ponerse en comunicación con el resto del ejército. Este era el plan que frustró la intrepidez de las tropas francesas.

El general Regnaud de Saint-Jean d'Angely, comandante en jefe de la guardia, cumple las órdenes del emperador. Lanza la brigada de Wimpffen sobre Buffalora; la brigada Cler sigue el movimiento, y ambas se apoderan rápidamente de Buffalora y de las alturas que hay á uno y otro lado del Naviglio Grande. Pero entonces se encuentran delante de masas considerables que no pueden desbaratar y que paralizan su avance. El general Cler, uno de los militares del ejército francés, halla una muerte gloriosa al dirigir una carga de los zuavos de la guardia. Al general Mellinet le matan dos caballos y el general Wimpffen resulta herido en la cara al mandar el ataque de la derecha.

A pesar de los sublimes esfuerzos de la admirable división de la guardia, debía acabar por quedar derrotada si no le llegan refuerzos. La jornada no se presenta bien para el ejército francés. Los obstáculos que ofrece un terreno cortado por canales de riego, cubierto de morales, de álamos y sauces estorban la marcha de los cuerpos tercero y cuarto. Sus columnas, obligadas á alargarse indefinidamente en las calzadas porque el estado pantanoso del terreno hace impracticables los campos colindantes, avanzan con dificultad. El ejército de Víctor Manuel sufre un retraso al cruzar el Tessino, y sólo una de sus divisiones ha podido seguir á bastante distancia al cuerpo del general Mac Mahón.

El emperador, que continúa en el puente de San Martino, siente una angustia indecible. Ya no se oyen en lontananza los cañonazos del segundo cuerpo, ¿Habrá sido rechazado el general Mac-Mahón, y la división de la guardia tendrá que sostener por sí sola todo el esfuerzo del enemigo?

El coronel Raoult, jefe de Estado mayor de la guardia imperial, corre á decir al emperador de parte del general Regnaud de Saint-Jean d'Angely que la

masa de enemigos crece por momentos y que si no se le envían refuerzos no podrá resistir más. «No puedo enviarle nadie, contesta el emperador; decidle que se sostenga con la poca gente que le queda.»

«Para el buen éxito de la jornada, dijo el comandante en jefe de la guardia en el parte que luego dió al emperador, importaba conservar la salida del puente sobre el Naviglio, á fin de que los cuerpos de ejército del general Niel y del mariscal Canrobert pudieran arremeter al enemigo tan pronto como llegasen. V. M. mandó defender el puesto con energía mientras se aguardaba la llegada de refuerzos que estaban próximos. Cumpliéronse exactamente las órdenes de V. M.: los zuavos, los granaderos del 3.º así como los del 1.º que habían acudido á sostenerlos, resistieron todos los ataques en los puestos que se les había confiado.» ¡Cuánto heroísmo en este sencillo y sobrio lenguaje!

¿Qué era del general Mac-Mahón y por qué seguía callado el cañón del segundo cuerpo? El general Lebrún, jefe de Estado mayor, que había subido al campanario de la iglesia del pueblo de Cuggione, reconoció que entre Buffalora y Magenta había movimientos considerables de tropas austriacas. Bajó en seguida y dijo al general Mac-Mahón: «En este momento se prepara una gran batalla. Si no queremos vernos expuestos á ser arrojados al Tessino por tropas muy considerables en número á las que podemos oponerles, debemos apresurarnos á concentrar las dos divisiones de vuestro cuerpo de ejército y la de cazadores de la guardia.» El general Mac-Mahón replica: «Yo mismo voy á buscar la división del general Espinasse.» Y parte como una flecha, seguido solamente de algunos jinetes. Atraviesa á galope tendido viñedos, campos y zanjas, exponiéndose á ser cogido por los enemigos, de los cuales se libra gracias á la velocidad de su caballo y llega adonde estaba el general Espinasse. «Apresuraos,» le dijo, y la división echó á correr por el camino de Buffalora á Cuggione, donde se reunió con las de la Motterouge y Camón. Habíase efectuado la concentración y las tres divisiones marchaban sobre Magenta.

«El segundo cuerpo de ejército, ha dicho el general Lebrún, al avanzar resueltamente, pero solo, hacia Magenta, se iba á ver expuesto á los mayores peligros. A las cuatro de la tarde, la división de los granaderos de la guardia imperial, cerca de la cual estaba el emperador, aún no había podido, á pesar de sus ataques tan gloriosos y reiterados, forzar el paso del Naviglio Grande ni ante el túnel del ferrocarril ni ante Ponte Nuovo di Magenta. Las fuerzas austriacas que defendían los puntos de paso del canal eran demasiado numerosas y estaban sólidamente situadas para que su resistencia pudiera durar mucho tiempo.»

Mientras el general Mac-Mahón marchaba sobre Magenta, sin más fuerzas que sus cuatro divisiones, habían llegado por fin algunas tropas en socorro de la división de la guardia, la cual acababa de ver aparecer por el talud del ferrocarril los uniformes oscuros de los cazadores y los pantalones encarnados de la infantería de línea. Era una de las brigadas del tercer cuerpo, la de Picard, que acudía con el mariscal Canrobert. Lo mismo que los granaderos y los zu-

vos, hizo prodigios de valor. La aldea de Ponte di Magenta, perdida y recobrada tres veces, tenía que ser aún defendida contra un nuevo ataque de los austriacos. El general Picard, el coronel Bellecourt, del 85, y muchos oficiales, dando á las tropas ejemplo de tenacidad y arrojo, se apoderaron nuevamente de ella. El mariscal Canrobert dijo en su informe al emperador: «El enemigo comprendía la importancia de aquel punto que, si hubiera quedado en su poder, le conducía sobre el flanco mismo de nuestra línea de comunicación con el puente del Tessino. Esta circunstancia explica su tenacidad en los ataques sucesivos y el irresistible empuje de los nuestros en las acometidas ofensivas para recobrar la posición.»

El mariscal añade: «La brigada Jannin, á cuyo frente iba el general Renault, había podido por fin avanzar rápidamente hacia la línea austriaca apoyándose en Ponte di Magenta, en la parte de la aldea situada en la orilla izquierda del canal Naviglio Grande. Tomada y recobrada muchas veces, esta parte de la aldea, aislada por el puente del Naviglio, que el enemigo había volado, queda en poder del general Renault, que se establece en ella definitivamente.»

Volvamos ahora al general Mac-Mahón. A eso de las cuatro sus tropas se han puesto en marcha, teniendo por punto de mira la torre de la iglesia de Magenta. Durante esta marcha el 3.º de zuavos se apodera de una bandera austriaca, lo que valdrá á este regimiento ver pocos días después su propia bandera condecorada con la cruz de la Legión de Honor. El momento es solemne: va á decidirse la suerte de la batalla. El general Lebrún dice entonces á Mac-Mahón: «Los árboles y las viñas impiden que nuestros batallones se vean unos á otros; pero si oyen redoblar los tambores y resonar los clarines á su derecha y á su izquierda, comprenderán que están muy próximos, y entonces no tendrán ningún recelo y seguirán avanzando con la mayor confianza.» Mac-Mahón sigue el consejo de su jefe de Estado mayor. Redoblan los tambores y los clarines dan al aire sus belicosos toques. Cuando las tres divisiones la Motterouge, Espinasse y Camón están á trescientos ó cuatrocientos metros de Magenta, no forman ya más que una masa compacta capaz de desafiar las fuerzas austriacas, que ocupan la estación del ferrocarril, las cercanías y el interior del pueblo.

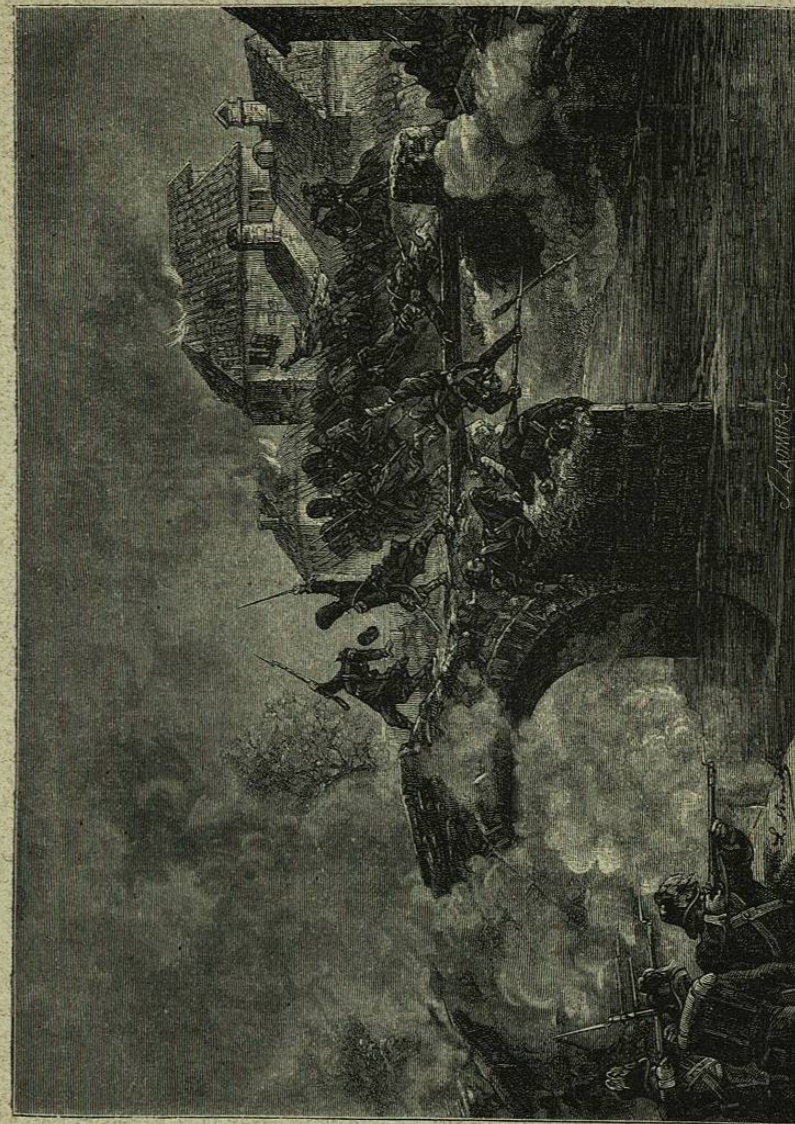
Por la izquierda, la división Espinasse se lanza á la calle que está á la entrada de Magenta y que se llama de Marcallo.

Por la derecha, la división la Motterouge ataca la entrada principal por la que la carretera de Buffalora á Magenta penetra en el pueblo.

Por el centro, la división Camón ataca las inmediaciones de la estación.

Todas las casas situadas en las entradas de Magenta y la estación están ocupadas por fuerzas austriacas que resisten con valor á los acometedores.

El intrépido general Espinasse, procurando forzar la entrada de la calle de Marcallo, quiere dar ejemplo á sus tropas, se pone al frente del 2.º de zuavos y se bate como un simple soldado. Su caballo tropieza, pisoteando cadáveres entre charcos de sangre. «No es posible sostenerse en este suelo tan movedizo,»



LOS GRANADEROS DE LA GUARDIA EN EL PUENTE DE MAGENTA

dice el general, y echa pie á tierra, así como su edecán, el teniente de Froidefond, y su portaestandarte, el conde Horacio de Choiseul. Apenas se ha apeado del caballo, M. de Froidefond cae herido mortalmente.

El fuego más terrible parte de una gran casa de muchos pisos que forma el ángulo izquierdo de la calle. La casa está ocupada por trescientos tirolese que disparan con prodigiosa puntería. «¡Hay que apoderarse de esa casa á toda costa!, grita el general Espinasse. ¡Ea, mis zuavos, á derribar la puerta!» Los zuavos se lanzan ofreciéndose como blanco á los tirolese, que hacen fuego á quemarropa. La puerta que los zuavos quieren destrozarse resiste á sus esfuerzos. Entonces el general golpea con el puño de su espada la persiana de una ventana del piso bajo, y exclama: «¡Adelante, entrad por aquí!» Pero en el mismo instante parte un tiro de la misma ventana á la que se había adosado y le deja muerto en el sitio.

Los zuavos, rugiendo como leones, saltan sobre la ventana y la hacen pedazos, apoderándose por fin de la casa. El general Castagny reemplaza á Espinasse, y bajo una lluvia de fuego arrastra los zuavos hasta la plaza. La brigada Castagny (2.º zuavos, 1.º y 2.º regimientos extranjeros) se reúne allí con la brigada Gault (11.º batallón de cazadores, 71 y 72 de línea), que ha atacado por el lado opuesto ó sea por el camino de Buffalora á Milán.

Mientras las dos brigadas de la división Espinasse han penetrado de este modo en Magenta, la división de la Motterouge se ha apoderado con no menos vigor de la parte del pueblo que tiene enfrente. Llegado por un camino hondo enfilado por dos piezas de artillería enemiga, el 65 de línea, mandado por el coronel Drouhot, desemboca delante de la estación del ferrocarril. Un fuego de los más vivos, que sale de las casas aspilleradas y ocupadas por millares de tiradores austriacos, no detiene su impetuosa marcha. En pocos momentos se apodera de la estación y de las dos piezas de artillería puestas allí para defenderla. No contento con este primer triunfo, el coronel Drouhot, seguido de su bandera que ondea en las primeras filas, penetra en el pueblo. Recrudescen el fuego y el bravo coronel cae herido de muerte. La bandera queda acribillada de balas y de metralla y el asta rota en cuatro pedazos.

En este momento llegan dos cañones franceses, y el 65 de línea, protegido por ellos, puede por fin penetrar en las calles que tiene delante.

El 75 de línea, lanzado sobre la derecha de Magenta después de atravesar el ferrocarril, tropieza con obstáculos formidables. Un gran número de batallones austriacos está parapetado en la iglesia, en las casas vecinas y detrás de paredes gruesas y aspilleradas. Dos batallones del regimiento *Rey de los belgas* ocupan en el centro el cementerio, desde el que rechazan por el flanco los ataques de los franceses. Los soldados pelean cuerpo á cuerpo en los patios, dentro de las casas, y después de una lucha encarnizada que dura hasta la noche, caen en poder de nuestras tropas la casa rectoral la iglesia y el cementerio.

El 45 de línea y los tiradores argelinos llegados al borde de la profunda

zanja que corre á lo largo del ferrocarril, se han reunido con el 52, salvado el obstáculo, y mezclándose con el 65 y el 70, han contribuido gloriosamente á la toma de la estación, de la iglesia y de las casas vecinas. La división de cazadores de la guardia ha auxiliado también poderosamente á dichos regimientos.

Son las ocho de la noche. Algunos destacamentos austriacos, parapetados en las casas, se defienden aún encarnizadamente; pero en breve se ven obligados á soltar las armas. Millares de prisioneros y muchas piezas de artillería son los trofeos del segundo cuerpo.

En el otro extremo del campo de batalla, en Ponte Vecchio, el triunfo no ha sido menos decisivo. El general Vinoy, á la cabeza del 86 de línea, se ha apoderado de dicho pueblo, situado en la orilla izquierda del Naviglio Grande.

La artillería del general Auger, situada á lo largo de la vía férrea, diezma las columnas austriacas que, sin poder reunirse, van en presurosa retirada hacia Castellano y Corbetto.

La victoria es completa. El enemigo, cuya pérdida se calcula en veinte mil hombres muertos ó heridos, ha dejado en poder de los vencedores cuatro cañones, dos banderas y siete mil prisioneros. Las pérdidas del ejército francés ascendieron á unos 4.500 hombres.